

## La violencia en la transferencia

Mariana Terroba S.

Comienzo con un fragmento del libro de Hanif Kureishi, *Algo que contarte*: “Los secretos son mi moneda particular: trafico con ellos para vivir. Los secretos del deseo, de lo que la gente quiere de verdad, y de lo que más miedo le da. Los secretos de por qué el amor es difícil, el sexo complicado, la vida un dolor y la muerte tan cercana y no obstante apartada bien lejos. ¿Por qué el placer y el castigo están estrechamente relacionados? ¿Cómo hablan nuestros cuerpos? ¿Por qué nos ponemos enfermos? ¿Por qué deseas fracasar? ¿Por qué es tan difícil soportar el placer?”

Una mujer acaba de salir de mi consulta. Dentro de veinte minutos llegará otra. Arreglo los cojines del diván analítico y me relajo en la butaca entre un silencio diferente, tomando un té, sopesando imágenes, frases y palabras de la conversación y también las vinculaciones y pausas entre ellas.

Soy psicoanalista. En otras palabras, lector de mentes y de símbolos. Algunas veces me llaman loquero, curandero, detective, abrepuestas, rebuscabasuras, o simplemente charlatán de feria o farsante. Trabajo como un mecánico de coches, tumbado sobre la espalda, manejando las cosas de abajo, lo que hay bajo la historia: fantasías, deseos, mentiras, sueños, pesadillas..., el mundo debajo del mundo, las palabras verdaderas bajo las falsas. Me tomo en serio las cosas intangibles más extrañas; me meto en sitios donde el lenguaje no puede entrar, o donde se detiene –lo «indescriptible»–, y además lo hago a primera hora de la mañana.

Como tantos otros modernos, Freud daba trato de privilegio a los detritos; se le podría considerar el primer artista de lo «encontrado», que extrae un significado de lo que normalmente se desecha. Es un trabajo sucio, esto de trabar conocimiento con lo humano tan de cerca” (p.11)

Es evidente que Kureishi sabe de esto que hacemos la mayor parte del día. Cada quien con su propio ritual, al abrir la puerta de su consultorio, pensando en los que llegarán a lo largo del día. Van apareciendo fragmentos

de las sesiones anteriores, lo que se habló, lo olvidado que de pronto se recuerda, lo que sentimos frente a esa persona en particular, etc. Todo eso que recorre el pensamiento se vuelve lo cotidiano para nosotros. Es fácil pensar desde nuestro lugar tan familiar, pero a la Kureishi, que era paciente y habló en su libro desde el lugar del psicoanalista, intentaré hacer el mismo ejercicio desde mi lado. ¿Cómo es que los pacientes piensan sus encuentros conmigo?

Juan, por ejemplo, seguramente empieza el día como si fuera cualquier otro. Se prepara para ir a trabajar y mientras mete su cartera a la bolsa del pantalón piensa en que es fin de mes y tiene que pagarme. Por un momento coquetea con la idea de no ir, piensa que con ese dinero podría meterse a clases de vela. Siempre le ha gustado el mar, las olas, la playa, el calor... de pronto aparece un malestar y recuerda que su jefe le pidió que se quedara en turno en estas vacaciones. Considera importante hablar de eso en sesión, probablemente así pueda aliviar un poco las ganas de ahorcarlo cada vez que se lo encuentra. Se conforma con esa última idea, termina su café y se sube al coche para iniciar el recorrido de siempre. Después de su larga jornada laboral va directo al consultorio, hay tráfico y se siente molesto. Logra estacionarse en un lugar que encontró en la calle, se baja del coche e inmediatamente escucha la voz del “viene viene” que lo persigue para decirle que “ahí le echa un ojito”. Entra a la sala de espera, y unos minutos después le abro la puerta, nos saludamos sin decir mucho y Juan se acuesta en el diván. Empieza a hablar de su día, obviamente omitiendo algunos detalles como los del velero. Luego pasa al tema del jefe, tal y como lo había planeado y menciona lo enojado que está con él, cómo le molesta no tener vacaciones. Juan está acostado plácidamente sobre el diván, gesticulando según lo que va diciendo. Lleva el ritmo que desea, escoge las palabras que mejor le acomodan y dice lo que piensa dirigiéndose hacia donde más le plazca mientras escucha su voz resonar en el espacio, y de pronto ¡PUM! esa extrañísima persona que se sienta atrás de él (o sea yo), a quién no ve y ni sabe muy bien qué está haciendo mientras él habla, dice algo. Ya interrumpió su historia, su cadena asociativa, es más ya hasta se le olvidó a lo que quería llegar después. Es probable que Juan esté más frustrado que cuando llegó. Pero probablemente se preguntará: ¿Por qué mi analista habló ahorita? ¿Qué me quiere decir con esto? ¿Qué me hizo sentir? ¿Por qué (carajos) me interrumpió?

Ese es nuestro trabajo sucio, retomando lo que Kureishi dice sobre el psicoanálisis. Y ningún paciente se salva, siempre que alguien llega con

lo ajeno, esperamos a que se haga un poco más familiar y en cuanto se pueda, nos inmiscuimos en ello y de pronto el curso de lo que se pensaba que sucedería, ha cambiado. Como cuando estás leyendo un libro y suena el teléfono. Habrá que interrumpir el camino de la lectura, el ritmo, los afectos que andaban rondando por ahí, para contestarle a quién sea que esté llamando. Y a ver qué nos dice, para qué nos quiere hablar y ya veremos qué pasa después. Lo que sí es seguro es que la lectura ya no es vivenciada de la misma manera que antes, ni en el mismo tiempo, o en las mismas circunstancias. ¿No es eso algo violento?

Después de haber escrito su libro "Algo que contarte", Kureishi es entrevistado en el *Café Rouge* en Londres (2009), en donde le hacen varias preguntas acerca de su vida y la relación que tiene con el psicoanálisis. Describe el entrevistador que tres veces por semana, Kureishi se acuesta en el diván y trata de entender cómo funciona su inconsciente.

"Me ha detenido de hacer cosas que son locas, estúpidas y autodestructivas", dice. "No solo te acuestas allí. No es un baño narcisista. Es bastante violento. Se trata de cómo tu sexualidad y tu agresión son destructivas. Tus sueños te lo demuestran. El resto es solo superficie".

Una vez más, creo que Kureishi entendía muy bien de qué va el psicoanálisis, estuvo muchos años analizando con alguien que creo fue Masud Khan. No estoy completamente segura pero hay varias referencias que me harían pensar eso, como el apellido del personaje de su novela; Kahn, su origen pakistaní que le generó bastantes conflictos de identidad cuando llega a Londres, semejante a la historia de Masud Khan y las fechas de su análisis que pueden coincidir con un encuentro entre ellos dos. Quizás esto sea nada más mi fantasía, pero si alguien sabe del tema y puede darme principio de realidad, se lo agradecería mucho. Siguiendo con el tema de lo violento, Khan tiene una manera muy específica de explicarlo cuando habla de la transgresión en uno de sus libros de casos clínicos llamado "Cuando llegue la primavera. Despertares en la clínica psicoanalítica".

Me encontré en el prólogo que antes de publicarlo, había pensado titularlo: *Transgresiones, pasiones, dolor y soledad*. Explica cómo después cambió el nombre considerado que lo más importante era la aceptación de aquellos actos de transgresión que necesariamente aparecen en todas las áreas de una relación, es decir, en cualquier intento a satisfacer necesidades, deseos y demandas. El paciente ha de despertar a todo esto que le mueve desde el las profundidades de su ser.

Khan revisa tres libros de religión monoteísta, para enraizar su punto con

más fuerza, el Koran, la Biblia y el antiguo testamento y da cuenta de cómo en esos textos tan antiguos, la transgresión está puesta desde el inicio en la persona como individuo y en las culturas colectivas, siendo la interdicción un elemento primordial para que después aparezca la transgresión. El fruto prohibido que antecede a la transgresión más conocida de nuestros tiempos. Para Khan, esta se encuentra en todo acto que implique a la persona en un intento de sexo y poder. La primera de ellas, de Adán, resultó en un acontecimiento sexual, su consecuencia fueron dos hijos, Caín y Abel de quienes todos sabemos la historia, una lucha de poder que terminó en la muerte de Abel. Entonces, desde el principio de la vida, de acuerdo con estas tres escrituras, transgresión, asesinato y sexo hacen una trinidad curiosa (Khan 1988).

Y siguiendo el camino de las religiones monoteístas, su tarea más importante es hacer que cada quién se haga responsable de su propia transgresión que solamente puede suceder si el hombre despierta a su naturaleza, las necesidades que satisface en su persona y el papel que juega en su vida (Khan, 1988). Para Khan, un encuentro entre dos personas, específicamente en el contexto del psicoanálisis, tiene como tarea aventurarse a que el paciente despierte a sus fuerzas escondidas y reprimidas de su naturaleza y los correlatos que tienen en la conducta humana. Pero el despertar, puede llegar a ser sumamente doloroso ya que es violento y transgresor en sí mismo.

Esta es una manera de pensar la clínica psicoanalítica, un espacio en el que con suerte, se revelará la impronta que la inmersión a la cultura ha dejado en el paciente. La marca de la renuncia a la satisfacción pulsional por las vías fáciles y más directas. Como dice Freud en el malestar a la cultura, *“la satisfacción ilimitada de todas las necesidades se nos impone como norma de conducta más tentadora, pero significa preferir el placer a la prudencia, y a poco de practicarla se hacen sentir sus consecuencias (p.77)”*. La prohibición que implica el cohabitar el mundo con los demás es en sí misma violenta e invita a la transgresión, que de uno u otro modo, encontrará una grieta por la cual colarse.

Ni el encuadre mejor establecido, ni el analista más letrado, analizado y supervisado podría escapar de estas transgresiones que el paciente ha de manifestar todo el tiempo y a su propio tiempo. Esa es la transferencia, la red generada entre los dos que se encuentran y que da cabida a miles de acontecimientos durante las sesiones. Creo que es importante también, pensar en cómo el lugar del analista no solo es violento sino violentado por

el lugar que ocupa el paciente. Sería inútil e ingenuo pensar que el paciente que se enoja profundamente conmigo está pensando en mí, Mariana Terroba Schlam, y no en su psiquismo, poblado de objetos internos que encuentra en mí un referente real. Y eso, a nivel personal también puede considerarse violento, ya que soy portadora de lo que el paciente desee ver en mí, he sido despojada de mi identidad, de mi nombre y de mi intención. Lo violento es que del paciente solo pueda verme parcialmente haciendo de mi persona una construcción subjetiva y esperando que a partir de eso que me atribuye, yo actúe. Como diría Kureishi en la misma entrevista que le hacen (2009), cuando habla de su padre ya fallecido: “él podría seguir vivo, estaría en sus ochenta y tantos y sé que se sentiría muy orgulloso de mis hijos”... Estamos hablando de una construcción del padre que murió hace muchos años, pero en el mundo psíquico la muerte no funciona igual que en el mundo de los vivos, ahí los objetos son sempiternos, parecen quedarse quietos pero de pronto aprisionan al presente y le otorgan la forma que mejor les conviene. De otra manera ¿cómo nos explicaríamos al padre de Hamlet que aún estando muerto, aparecía en territorio de los vivos?

Algo parecido pasa en el consultorio, cuando el paciente crea un discurso a partir de sus experiencias, sus objetos internos y lo depositan ahí en nosotros. Esto no significa que nos den un lugar específico o inamovible, del padre o de la madre o de la hermana, o la pareja, sino es más complejo aún, está todo ahí puesto simultáneamente. Y eso es lo que se espera de nosotros, que nos mimeticemos a la *Zelig* con la construcción subjetiva que el paciente nos otorga. Piera Aulagnier (1988) habla de la transferencia en su texto sobre la violencia de la interpretación, y explica como esta no solo implica una catexia libidinal de una imagen proyectada sobre el analista, sino también se transfiere a la situación experimental una demanda realizada al saber del otro que se inaugura en un encuentro de sujeto-discurso. Para ella, lo que se repite en la transferencia es el discurso del otro colocado ahí sobre nuestro propio discurso. El encuentro analítico es tan complejo como eso. El discurso que nos otorgan es vivenciado por nosotros de forma subjetiva y a partir de este construimos una relación. Asimismo, el paciente espera siempre una respuesta a este discurso regido según sus propias construcciones, “mi padre estaría muy orgulloso de mis hijos”, es lo que se espera a partir de un deseo que habita en él. Es decir, siempre hay una demanda hacia el otro y la respuesta que este dé será evaluada desde el cumplimiento o no de la demanda según su necesidad de satisfacción. “*lo demandado concierne a lo que la psique espera y busca para lograr que*

*un estado de placer sea alcanzado y que su deseo encuentre su objeto en la respuesta del Otro (Aulagnier, P. 1988)”.*

Auglanier habla esencialmente del lenguaje, su adquisición y uso en relación al funcionamiento del psiquismo, siempre frente al otro. También hace énfasis en la voz como objeto libidinal que aparece desde el principio de la vida como una fuente de placer. La voz de la madre como pecho que da y gratifica. En un inicio esta voz está desprovista de significado dejando de lado su esencia, pero esbozando la catectización del lenguaje. Esta primera versión de escucha, toma al objeto voz como figurador de la fantasía, la madre que da o quita la voz, que brinda o censura el placer, que habla o guarda silencio. La voz es el medio por el cual el otro comunica la intención de su propio deseo y eso dará lugar al placer o displacer que caracterice la fantasía del que escucha. Un bebé no entiende el significado de lo que la voz está diciendo, pero sí identifica el afecto que le acompaña. Por lo tanto, la búsqueda de la voz, en un principio va de la mano con la búsqueda de placer, no hay palabras con significados, solo hay afectos y signos por lo que estamos hablando del proceso primario, siempre en función del principio de placer y siempre acorde a la fantasía. Pero después, junto con el proceso secundario, la voz adquiere un significado y aparece la pregunta inminente... ¿qué me quiere decir el otro con estas palabras?, que conlleva una diferenciación entre yo y otro por lo tanto sigue al principio de realidad. Esto implica una distinción fundamental entre la voz como objeto libidinal y la significación que ella enuncia, lo que puede emitir dos significados absolutamente contradictorios. *“A partir de este momento, en el que la psique reconoce las significaciones que los otros otorgan a los enunciados, se constituirán producciones psíquicas que son nombradas por Freud como fantasías (p.104)”*. Y también habrá entonces una escisión importante que dará pie a un doble discurso y a una doble acción. De esa manera, en el mismo enunciado podrán coexistir los designios del principio de placer y del principio de realidad sin tener que renunciar a uno.

Como en el caso de Enrique, un adolescente de 14 años que busca tratamiento porque no puede dormir y está constantemente preocupado por la escuela. Hablando con los padres en las primeras entrevistas me entero que cuando Enrique se despierta en las madrugadas, se pasa a su cama y duerme entre ellos. Uno de los primeros sueños que trae a tratamiento va más o menos así: “Voy caminando en la obscuridad y de pronto empiezo a escuchar unos ruidos raros. Sigo caminando con mucho miedo acercándome al lugar donde se emiten los ruidos para ver qué está pasando y de pronto me

encuentro con un monstruo gigante, una especie de dragón muy peligroso y enojado. El dragón empieza a aventarme bolas de fuego y yo creo que me van a lastimar pero en realidad nunca le atina. Me doy cuenta que no me puede lastimar”.

El conflicto edípico puesto en escena es lo que angustia profundamente a Enrique quien tiene una relación muy cercana con la madre y aunque el padre es fuerte y está presente, no ha logrado acomodarse en el lugar que le corresponde. Enrique se despierta por las noches diciendo que le angustia mucho su trabajo de historia o su examen de matemáticas, sin poder pensar lo que está sucediendo ahí. Siguiendo a Piera Aulagnier con el doble discurso, podemos ver cómo hay uno que obedece al principio de realidad que reconoce a esa mujer como su madre, prohibida, pero por otro lado, el principio de placer dicta el discurso que esa misma mujer es a quien debe acceder, tomando el lugar del padre. Los dos discursos aparecen simultáneamente y se complementan como dos caras de la misma moneda. Enrique solo está tan angustiado porque también está excitado, se siente un monstruo desenfrenado que no le atina y no le atina al objetivo que persigue con la bola de fuego, pues este parece ser su madre. ¿Y frente a todo esto qué lugar ocupó yo? ¿Con cuál discurso me alío y a cuál confronto? Por donde se vea, el lugar que yo tome implica violencia para un discurso o para el otro. El simple hecho de preguntar algo o de intervenir de cualquier forma, ya irrumpe en su fantasía, le hace cuestionarse la intención de mis palabras o de mis actos y probablemente resuene dentro de sí. Como aventar una piedra a un estanque de agua calma, que cae con fuerza e inmediatamente se hunde en las profundidades, dejando como rastro las ondas sobre la superficie. Cualquier cosa que yo haga o diga frente a Enrique, será como esa piedra, una intrusión y una transgresión a eso que le es propio. Es un corte violento al discurso establecido y a la respuesta esperada. Una especie de mini escansión que cambia el rumbo del pensamiento cada vez que se intervenga. Como lo plasma Piera Aulagnier, la interpretación del mundo del otro siempre encuentra manera de imponerse sobre la propia, por lo que nos encontramos en una de las paradojas más importantes que se presentan en la clínica psicoanalítica, cualquier cosa que hagamos durante la sesión, implicará una violencia inminente para el paciente.

Cierro con un fragmente de *Al Faro*, de Virginia Woolf (1937, 2009):

*Nancy se fue vadeando hacia sus rocas, rebuscando en las lagunas... se puso en cuclillas y tocó las anémonas de mar, suaves como el caucho, pegadas a un lado de la roca cual pedazos de gelatina. Se puso a soñar*

y transformó aquella laguna en un mar y los pececillos en tiburones y ballenas, y extendió sobre ese pequeño mundo la sombra de grandes nubes, al interponer su mano frente al sol, trayendo así desolación y tinieblas, como un dios lo hiciera, a sinnúmero de criaturas ignaras e inocentes. De súbito quito la mano y dejó que el Sol fluyera de nuevo. Fuera del océano, sobre la arena pálida en la que la marea había rayado su huella, andaba a grandes zancadas un fantástico leviatán orlado y enguantado, que se escurrió en la ancha grieta de la ladera de la montaña. Levantando entonces sus ojos, por encima de la laguna, dejó que se posaran en la línea oscilante entre el mar y el cielo, en los troncos de árboles temblorosos que formaban el humo de los vapores en el horizonte, y se sintió como hipnotizada bajo la influencia de esa fuerza, de irrupción terrible e inevitable retirada. Y el doble sentimiento de esa inmensidad y esa pequeñez que florecía en ella le dio la impresión de que estaba atada de pies y manos sin poder moverse; tan grande era la intensidad de su emoción que dejaba reducida para siempre a la nada su propio cuerpo, su vida y la vida de todas las personas en el mundo. Y así, en cuclillas, al tiempo que escuchaba las olas, se perdía en su ensueño” (p. 89).

Esa mano que violentamente tapa el sol de los peces, es parte del cuerpo que después se siente abrumado por la fuerza de lo inmenso que le rodea ya que siente estar a su merced. No es tan distinto al encuentro entre dos, en el que uno siempre se ve envuelto por la fuerza del otro, que a su vez fue envuelto por la fuerza del otro y así sucesivamente. Estamos hablando de nuestra subjetividad frente al otro y frente al mundo que violentamente nos cambia el curso de la vida confrontando nuestra omnipotencia y haciéndonos sentir la fragilidad que nos caracteriza a todos los aquí presentes, solo humanos.

## Bibliografía

- CASTORIADIS-AULAGNIER, P. (1988). *La violencia de la interpretación. Del pictografía al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1930). El malestar en la cultura. Tomo XXI, *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- KHAN, M. R. (1988). *When spring comes. Awakenings in clinical Psychoanalysis*. London: Chatto & Windus Ltd.
- ANONYMUS (2009). Hanif Kureishi on the couch. United Kingdom. *Independent*. <http://www.independent.co.uk/>

[arts-entertainment/books/features/hanif-kureishi-on-the-couch-1522837.html](#)

KUREISHI, H. (2009). *Algo que contarte*. Barcelona: Anagrama.

WOOLF, V. (2004). *Al faro*. México: Factoría Ediciones.